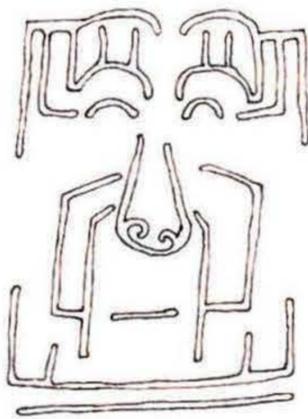


ministrativas más difundidas como oleadas en cada período. En la investigación se seleccionaron empresas con existencia mayor a 15 años, pero esa "mayoría de edad" no sería suficiente para homologar los aprendizajes y la madurez de empresas creadas en 1906-1935 o 1940 con empresas surgidas en 1960, 1975 o 1986. La forma en que siempre se combinan la zanahoria y el garrote para buscar el máximo rendimiento posible, obedece así a una interacción que la investigación no precisa entre los factores internos y externos a la estrategia empresarial. Parecería, entonces, necesario un enfoque "generacional", del cual se carece en este trabajo.

La sobreextensión del informe final resulta apenas comprensible, teniendo en cuenta que en varios pasajes se presentan puntos de vista independientes de los cinco autores que, girando sobre la misma base documental, implicaron repeticiones. Entre éstos figuran los aspectos relativos a los tipos de ocupaciones, las trayectorias laborales y la definición de los grupos de trabajadores a partir de la clasificación adoptada entre calificaciones específicas, oficios artesanales, o universales, y sin calificación (pág. 94).



Los estudios comparativos requieren, entonces, innovaciones relativas a la presentación bibliográfica de sus resultados, de manera que sea posible evitar a los lectores, además de la frecuente recapitulación de las "categorías económicas de la vida social", la innecesaria repetición de las definiciones, supuestos y datos estadísticos o citas obtenidos en la investigación.

También se nota la ausencia de un planteamiento propositivo sobre cómo

deseñarían los actores que fueran los principales elementos considerados. La presentación objetivamente neutral de los resultados de esfuerzos investigativos tan voluminosos —en tiempo, recursos y soporte documental— trasladada a eventuales lectores menos académicos la compleja búsqueda de alternativas a distorsiones del progreso social y humano como las que se han derivado de la estructura de modernización empresarial descrita.

JOSE ERNESTO RAMÍREZ

¹ A. Weiss y W. Castañeda, *Estrategias empresariales y diferenciación obrera: estudio de una empresa metalmeccánica*, Santafé de Bogotá, Editorial Presencia, 1992; C. López y G. Castellanos, *Autoridad y benevolencia en el trabajo industrial. Estudio de una empresa de alimentos*, Santafé de Bogotá, Editorial Presencia, 1993; R. Dombois, *Trabajadores en el cambio industrial: Estudio de una empresa en el sector automotriz*, Santafé de Bogotá, Editorial Presencia, 1993; A. Weiss, *La empresa colombiana entre la tecnocracia y la participación. Del taylorismo a la calidad total*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional, 1994; R. Dombois, *Betriebe und Arbeit in Späten Industrialisierungsprozessen*, Universidad de Bremen, 1995.

“Determinismo económico en la actividad científica”

Políticas públicas y universidad. Estudio sobre las políticas públicas para la capacidad científica de la educación superior en Colombia

Myrian Henao Willes

Iepri-Universidad Nacional, Bogotá, 1999, 282 págs.

Antes de entrar a analizar los aciertos de una obra tan técnica como la presente, me llama la atención el hecho de que la autora dé por sentado el “valor social de la ciencia”, en el sentido de creer que la ciencia tiene una justificación (social) en sí misma e independientemente de cualquier aplicación que el hombre pueda hacer de la misma: me

refiero, por ejemplo, a los usos no pacíficos de la energía atómica.

La actividad científica es por definición una “actividad racional”, en el sentido de adecuar unos medios a un fin: dado el fin, que es la búsqueda de conocimiento, el mayor problema consiste en encontrar el medio más adecuado para tal fin. Y, por otra parte, como el medio social e institucionalizado más adecuado para alcanzar cualquier clase de fin (incluyendo fines culturales) es el dinero, entonces concluimos que sin recursos económicos no sólo no se puede adelantar actividad científica sino cualquier otra clase de “acción social”. Tal parece ser el paradigma fundamental que emplea aquí la autora. El cual, a su vez, es inobjetable, dado el carácter “capitalista” de la sociedad en que vivimos.

Y si a este esquema economicista le agregamos un elemento más sociológico, como es la intervención del Estado, con su gran poder para movilizar grandes recursos económicos, provenientes de fuentes sociales (impuestos), tendremos una visión más completa del punto de vista de la autora.

Este esquema de análisis de lo social que combina elementos económicos, políticos e institucionales, también se encuentra en obras anteriores de la autora (véase “Organización institucional de la ciencia y la tecnología en Colombia”, en *Estructura científica, desarrollo tecnológico y entorno social*, Misión de Ciencia y Tecnología, vol. 2, t. I, U.N., 1990).

No creemos haber agotado así la perspectiva teórica de la investigadora Myrian Henao, pero sin duda que su enfoque gira básicamente alrededor de estas dos variables: primero, que no se puede hacer investigación científica a gran escala sin contar con recursos económicos suficientes para financiar esa actividad, e interpretando la asignación de dichos recursos como aprobación social de la ciencia; y segundo, que el Estado es la organización con más “competencia” para asignar legalmente estos recursos a las comunidades científicas. Las “políticas públicas” y/o gubernamentales no son otra cosa que normas o leyes que rigen esta estructura burocrática en relación con la ciencia y la educación superior del país.

Tal normatividad jurídica da lugar a tres períodos en el desarrollo de la reglamentación sobre educación superior: primero, el de anomia, identificado con el decreto 0277 de 1958; después, el de "heteromía", relacionado con el decreto-ley 80 de 1980, y finalmente, el de "autonomía", con la expedición de la ley 30 de 1992. El sentido progresivo o evolutivo de tal periodización es evidente.

Específicamente en relación con la educación superior, este estudio encuentra que no hay una clara "institucionalización de la ciencia en Colombia", porque es relativamente escaso el apoyo que se presta a la investigación en el medio universitario, comparado con otros países del área, que parecen destinar más recursos a la ciencia y a la tecnología.

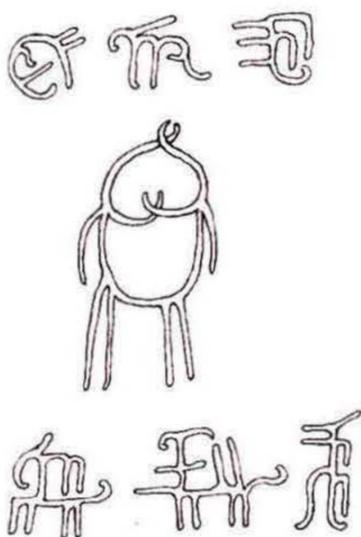
En nuestra historia republicana encontramos que en la segunda mitad del siglo XIX hay una marcada "orientación profesional de la educación superior", la cual se juzga como un "resultado de la adaptación del modelo francés" (pág. 67). Allí predominaba el "ideal de lo práctico" (Safford). Las clases dirigentes de este país, las más educadas, actuaban a través del Estado y sus organizaciones políticas, sugiriendo a Francia como el modelo de educación superior que debía seguirse, tal como lo hacen hoy respecto a las instituciones estadounidenses. El valor que está aquí presente es el de la "modernización" de nuestros centros de enseñanza superior.

El análisis de Franco (1978) encuentra que "la introducción de estudios generales se propuso combatir el excesivo profesionalismo y proporcionar al futuro graduando una formación equilibrada. Sin embargo —agrega—, en la mayoría de los casos, se ha renunciado a inducir otras actividades que son más universales y fundamentales, para el conocimiento y la estructuración del pensamiento y la acción como son las relacionadas con la investigación" (pág. 83).

Es indudable que durante los años (cuatro o cinco normalmente) que requiere la educación de pregrado no es aconsejable pretender hacer de cada estudiante un investigador o "especialista". Y que antes de ofrecer una educación profesional, la universidad debe brindar una "formación general", más

equilibrada, sin menoscabo de dar al estudiante la oportunidad de una futura especialización.

Las universidades, como se ve, son semilleros donde se forman los futuros investigadores, pero también cumplen otras funciones, como la "socialización de los estudiantes". Esta última función de la universidad no es quizá la más importante, pero no encontramos otra agencia social más especializada en formar la juventud en los valores que corresponden a nuestra sociedad (ni la Iglesia, con todo su prestigio social, ni los partidos políticos, son estructuras sociales adecuadas para tal fin).



"En este período —nos dice la autora— la matrícula universitaria pierde su exclusividad al descender de 93,7%, a 74,5% en 1990, para dar lugar a una creciente participación de las modalidades técnica profesional, tecnológica y de postgrado. La educación nocturna, por otra parte, ya en 1981 cubre el 37,3% del total de matriculados" (pág. 101).

Estos datos pueden ser interpretados como una mayor democratización del acceso a la educación superior, pues, por un lado, la modalidad universitaria no parece haber perdido aún su carácter elitista y, por otra parte, la educación diurna parece estar limitada a aquellos sectores sociales que pueden permitirse el "lujo" de enviar a sus hijos a las universidades antes que a una directa "lucha por la vida" en el mercado laboral.

Y anota más adelante la autora, para el problema que le interesa: "Los programas de pregrado de las universidades colombianas tienen las condiciones básicas para formar profesionales; pero

registran insuficiencias que se revelan fundamentalmente en el atraso de su plan de estudio..."

No es, pues, en la estructura de pregrado donde hay que buscar la formación de los futuros investigadores y científicos colombianos, sino entre los estudiantes y egresados de las maestrías y demás programas de posgrado donde se encontrará el desarrollo de la capacidad de investigación de las universidades colombianas.

Vale la pena recoger algunas de las recomendaciones que hizo en 1994 la Misión para la Modernización de la Universidad Pública: "Facilitar el ingreso a las maestrías. Ofrecer alternativas para estudiantes de pregrado que se hayan destacado en investigación, donde el trabajo de 'tesis' sea una de ellas. Otra vía: asignaturas al final de la carrera de pregrado con énfasis en la realización de un ejercicio guiado de investigación, cuyo resultado sirva como requisito de grado y, si sobrepasa cierta calidad, como requisito de ingreso a la maestría.

"Dinamizar la investigación: crear la categoría de investigador asistente para estudiantes; tiene como objeto involucrar estudiantes desde el comienzo de su carrera en actividades remuneradas de investigación". Y crear un "sistema de información sobre trabajos de grado de los estudiantes".

No es necesario ser un experto en el tema para reconocer la "racionalidad" implícita en estas medidas, y por lo tanto es lícito esperar su implementación por parte de las agencias estatales y demás instituciones encargadas de desarrollar una política o unas políticas de ciencia y tecnología para nuestro país.

Es verdad que, por pertenecer a un país tercermundista o "en vías de desarrollo", nos encontramos en dependencia económica, política y cultural de otros países, pero esto no significa que nuestra colectividad carezca de una capacidad endógena para acceder a "bienes culturales" como lo son la ciencia y la tecnología. Los trabajos del profesor M. E. Patarroyo y su equipo no son los únicos pero quizá sí de los más representativos de las posibilidades reales que tenemos los colombianos de contribuir al bienestar de la comunidad

internacional por medio de la aplicación del método científico a aquellos problemas que pueden ser resueltos de esta manera.

Es deseable que en el campo de las ciencias sociales tengamos desarrollos parecidos a los que exhiben los investigadores en "ciencias naturales" en nuestro medio. Quizás éste último dependa más del "carisma" del investigador social, asociado a las pautas organizativas que han mostrado su efectividad en otros campos de la actividad científica.

FERNANDO MORALES

Primero estaba el verbo

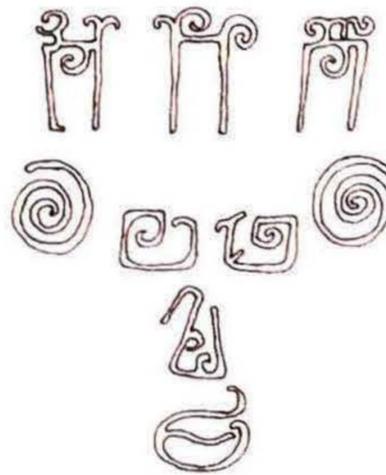
Hablas de selva y agua

Nancy Motta González
Universidad del Valle, Cali, s.f.,
110 págs.

La definición clásica de Tylor acerca de la cultura asociada al complejo de conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos que el hombre adquiere como miembro de la sociedad, puede contribuir a señalar el campo primordial de la investigación suscrita en este libro, espacio signado tanto por la cultura material (tecnología, y objetos resultantes), como por la cultura inmaterial (creencias, normas, valores).

Toda sociedad crea una manera muy particular de formas o maneras que tienen sus miembros de solucionar sus problemas históricos, derivados éstos de su enfrentamiento con la realidad donde conviven, elementos que se van juntando en un bagaje común, en un conjunto dinámico, fluido, cambiante, llamado cultura. La lengua, por ejemplo, surge como una necesidad compleja de comunicación. Su realización compleja es el habla. La lengua es, pues, colectiva, vista como la puesta en práctica, por una etnia o comunidad, de la capacidad del lenguaje. Es código y sistema. La palabra viene a ser la consti-

tuyente esencial de esa facultad humana, verbo, acto que fundamenta la realidad, la significación del mundo, que lo designa y lo transforma. A través de ella el pensamiento se hace imperecedero: suceso, historia, universo. La palabra representa a la concepción de la existencia, su reflexión, sus ideas que la nombran o la imaginan.



"Palabra es la sombra del acto", dijo Demócrito, y Foucault expresaría luego: "Lo que erige a la palabra como tal y la sostiene por encima de los gritos y de los ruidos, es la proposición oculta en ella".

Palabras misteriosas, antiguas y nuevas tras una oralidad fuertemente encadenada a la cultura, a la tradición, a la memoria, testimonios verbales hablados o cantados. Al respecto afirma Jan Vansina: "Las tradiciones orales son fuentes históricas cuyo carácter propio está determinado por la forma que revisten: son orales —o no escritas— y tienen la particularidad de que se cimientan de generación en generación en la memoria de los hombres".

Estos pueblos tienen una memoria sólidamente desarrollada, ya que donde subsisten las fuentes también prevalece un tipo de transmisión de conocimientos, percepciones, intuiciones y habilidades; pensamiento mágico y ritual de gran extensión y coherencia, dinamismo interno; pensamiento espontáneo y libre, provisto de ese valor de uso propio de las culturas populares. Allí se atestiguan acontecimientos, provistos de sentido, dada su repercusión histórica; acciones que se vinculan con otras acciones por medio del relato, del canto interpretado. Hay un pasado evocado y una supervivencia en el presente; "el hombre y el mundo se

convierten en espejo el uno del otro", según Lévi-Strauss.

Lo anterior para introducir una labor exploradora a una "civilización de la oralidad", al lugar donde se concibe diariamente "una estrategia de supervivencia", el litoral pacífico de Colombia, investigación titulada *Hablas de selva y agua* de Nancy Motta González. La autora partió de un trabajo de campo en Salahonda, al noroeste de Tumaco, participando de la vida cotidiana y recopilando el saber oral de este pueblo. Pasó después a la costa nariñense, caucana, chocoana y vallecaucana para continuar explorando el mundo cognitivo de las mentalidades orales: narradores, cantadoras, signos, reglas, ritmos, tradiciones, códigos, sustancias, alfabetos, síntesis, consonancias, verbos, sílabas, "la memoria viviente, el recuerdo personal, el don del habla, los filamentos vibrantes de la identidad, los misterios del ensueño, la sabiduría intuitiva y los juegos de la imaginación...", elementos tomados por la autora, quien, según Carlos Vásquez Zawadski, "buscará transformar esta extensión geográfica del occidente del país en espacio sociohistórico y cultural, es decir, significante".



Ello es posible porque el litoral pacífico es aún una comarca oral, un lugar que ha demostrado un poder de "resistencia cultural", elevando la oralidad al rango de instrumento de creación, difusión y preservación del conocimiento esencial para una comunidad.

Nancy Motta explica al respecto: "La cultura del Pacífico no es solamente una población, un espacio físico, una cul-